

## CAPÍTULO 30.

### EL LOCO COMO HÉROE. SOBRE EL SOCIALISMO.



A la noche siguiente Tomás fue a recoger al estudiante para ir a un mitin, convocado por la Cooperativa de Consumo de Berlín con fines de propaganda. La sala estaba llena a reventar, y el orador iba ya a la mitad de su discurso, cuando llegaron los dos. Para el asombro de Seebach, los trabajadores saludaban aquí y allá a Tomás, uno incluso se abrió paso entre la multitud para ir a estrechar su mano, y éste no era otro que el celoso cerrajero con el que Tomás se había peleado en el viaje hacia Berlín.

-¡Qué bueno que haya venido! -murmuró-, vamos a tener una situación difícil. Los comerciantes de la región reunieron a su comitiva para hacer estallar el mitin y también nos amenaza una fuerte oposición de los intransigentes. Langhammer está aquí; nuestro gerente, que, a decir verdad, tenía pensado presidir la sesión, se enfermó y su representante que apenas puede guiar un mitin tranquilo no está preparado para el escándalo posterior.

Tomás inclinó la cabeza e hizo un movimiento con la mano en el aire, como para indicar que él lo arreglaría todo. Sacó un cuaderno de notas y siguió atento la exposición.

-¿Cómo diablos -le dijo Seebach al cerrajero en el oído- es que tiene amistad con el señor Mundete? La última vez parecía que usted quería matarlo.

-¿A ése? -preguntó el cerrajero-. Ay, esa fue una historia tan tonta. No, el hombre es útil y bueno. Fíjese nomás, después, cuando empieza la bronca.

El orador exponía en ese momento, con gran lujo de números y ejemplos y haciendo desfilar datos de extensión kilométrica sobre el azúcar de segunda y la harina ante los ojos del público, cuánto se podía ahorrar si se eliminaba a los intermediarios, compraban juntos grandes cantidades, y, luego, se repartían entre los miembros de la Cooperativa, sin intención de obtener ganancias, cuando de repente comenzó a haber gran animación en una esquina de la sala. Sonaban silbidos y aullidos y aumentaban los gritos: ¡Estafa, mentiras! El orador hizo una corta pausa, que Tomás aprovechó para preguntarle al cerrajero: -¿Está la banda de la matraca en un solo montón?

-Sí, lo arreglaron muy torpemente.

-¿Tiene gente hábil por aquí? -preguntó de nuevo Tomás-. Gente que obedezca ciegamente.

-Si les prometo que todo va a salir bien y es provechoso, sí.

Tomás puso una cara tal que parecía estar a punto de combatir en una guerra de exterminio. -Déjeme tomar la presidencia, reparta a nuestra gente por toda la sala y luego...

Más no pudo oír el estudiante, pues el orador había comenzado, y con él el ruido. El público se inquietó, recorrían las sillas, aplaudían y silbaban, alguien vociferó: ¡Silencio! E hizo aumentar los gritos: ¡Fuera! Un señor de gabardina negra, que estaba sentado en una de las primeras filas, sostenía con fuerza su paraguas en la mano izquierda y con la derecha alzaba amenazador su gran sombrero contra la sala, como si allí estuviera una gallina y él tuviera que sofocar su cacareo poniéndole el sombrero. Se levantó de su asiento y gritaba sin interrupción: Silencio, siéntense, siéntense, silencio; pero no se había dado cuenta de que era el único que estaba de pie. Un hombre, que llevaba una corbata roja y que tenía unas mejillas que daban prueba de un rojo chillante, como si mostrara corporalmente sus opiniones políticas, pero que vistas de cerca eran el resultado de viejas cicatrices, agitaba su puño furioso contra la esquina, de donde procedían los silbidos

del grupo de comerciantes y, luego, le dio un jalón en el brazo a su vecino con la mano que le quedaba libre, para provocar en él también la indignación; ese vecino era un obrero metalúrgico que traía las manos negras. La agitación aumentó, y parecía que el mitin iba a convertirse en un violento tumulto.

De pronto sonó la campanilla del presidente. Poco a poco se fue restableciendo la calma, y el presidente comunicó a la asamblea que en ese momento lo mandaban llamar con urgencia y pedía se eligiera, en su lugar, al señor Tomás Mundete para presidir el mitin. Un aplauso atronador estalló desde diversos puntos de la sala, aunque nadie sabía quién era ese Tomás Mundete. El cerrajero había alertado a sus tropas de apoyo.

Tomás se erguía en toda su estatura junto al atril de los oradores. La calma de su personalidad produjo efectos inmediatos, aun antes de haber dicho una sola palabra. Sus ojos se deslizaron lentamente por toda la sala y dijo: -Tomo posesión de la presidencia. El informe durará todavía cinco minutos. Abriré la discusión de nuevo, tras una pausa de diez minutos. Todos podrán tomar la palabra. Hasta entonces les pido que tengan paciencia. Tiene la palabra el señor orador.

El estudiante se quedó atónito. Hasta ese momento había considerado a Tomás como medio chiflado, lo había compadecido y despreciado. Le resultó imponente la tranquila energía con que este loco refrenó el mitin, sin hacer siquiera un gran esfuerzo. Paulatinamente tras el asombro, surgió y fue creciendo en el estudiante un sentimiento de envidia. La inesperada aparición de un caballero muy bien vestido y de seguros modales impresionó a los pequeños comerciantes, acostumbrados como estaban a tratar con devoción a los clientes ricos. Así, el orador pudo acabar su discurso sin ninguna interrupción. Concluyó con la divisa de la Cooperativa: “Uno para todos y todos para uno”.

En la esquina de los comerciantes hicieron un pequeño intento de aprovechar el final del discurso para alborotar la asamblea, pero, como ocurre en todas las pausas, una gran parte del público salió de la sala para ocuparse de urgentes asuntos y, así, se desvaneció el ruido.

La discusión se reinició con el orador de los comerciantes, un hombre enjuto enfundado en una levita negra, bajo la que oscilaba una cadena de oro. Tenía el mentón saliente, el bigote bien cuidado y la postura tiesa, militar. Toda su persona daba la impresión de un hombre activo y enérgico. Lo habían elegido para defender la cuestión de los comerciantes, puesto que era dueño de una ferretería y no parecía estar personalmente interesado en la cosa, como los comerciantes en alimentos. El público lo oyó en silencio, cuando sacó a relucir de su parte toda una lista de grandes números para demostrar que las cooperativas trabajaban más caro que los comerciantes al por menor. Era notable que, de vez en cuando, resonaran por diversos sitios de la sala frases como ¡Muy bien! Daba la impresión de que la esquina de los comerciantes se había disuelto, y que los oponentes se habían dispersado por toda la sala. A partir de esta observación, que parecía facilitarle el triunfo, el orador se sintió audaz, levantó la cabeza, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se atrevió a lanzar un ataque en contra de los dirigentes del movimiento cooperativista, que se embolsaban buenos sueldos por rendimientos mínimos; sin embargo, se echó para atrás de inmediato, cuando comenzó a hacerse audible un murmullo. Y cuando se puso a hablar de los modestos recargos que imponían los negociantes, resonó de pronto una voz aguda, la del cerrajero: -Sólo el trescientos por ciento.

-Eso es mentira -gritó el hombre por encima de la risotada general.

-Puedo probarlo -sonó la pronta respuesta.

Se oyó la campana del presidente.

-Suplico no interrumpir al señor orador -gritó Tomás-. La discusión da lugar a todas las manifestaciones de opinión.

El comerciante, que se había desconcertado un poco a causa de los gritos, logró volver a concentrarse. Pero sus palabras y sus conceptos eran ahora más agudos y sonaban provocadores. Golpeaba con mayor frecuencia el puño contra el atril, gesticulaba con mayor energía y hablaba con verdadera furia. El efecto sobre los oyentes no se hizo esperar. El público daba a conocer, más animadamente que antes, su aprobación o desaprobación; y, así, pronto se originó de nuevo una tormenta, cuando el comerciante utilizó en su irritación la palabra “socialistas” para caracterizar el peligro de la Cooperativa de consumo y dijo que los fondos de la Cooperativa se empleaban para fines del Partido de los rojos. Empezaron a oírse furiosos aplausos y gritos de bravo, dirigidos por tres hombres, que se encontraban sentados juntos en el centro de

la sala, los tres bien vestidos y bien alimentados. Se medio levantaban de sus asientos, aplaudían y miraban en torno a la sala, como si quisieran exhortar a los otros a tomar parte en la demostración. En efecto su asentimiento se contagió también a la esquina de los comerciantes. Y mientras el hombre lobo de la corbata roja se esforzaba, en vano, por competir contra la aprobación, a través de los gritos y los crujidos, el otro, el orador, se erguía ante el podio consciente de su triunfo, con una mano sobre un montón de papeles que le habían servido como hilo conductor durante su discurso, y la otra metida en la bolsa del pantalón.

-Como si no creyera en su propia masculinidad y tuviera que convencerse de ello por medio de la sensación -le dijo el cerrajero a media voz.

-¿Y qué significa eso? -preguntó irritado un zapatero pelirrojo, que usaba lentes y tenía una cicatriz gigantesca en la cabeza, señalando a los tres que aplaudían ansiosos en el centro de la sala-. Ésos son de los nuestros.

-¡Cierra el hocico! -le ordenó el cerrajero-. Ya verás lo que sucede.

Tomás se había levantado. Esta vez ni siquiera necesitó tocar la campana. Su elevada estatura se veía desde todos los ángulo; el ruido disminuyó.

-Desearía pedirle al señor orador -dijo- que sea conciso, en consideración a lo tarde que es ya. Es común en las discusiones que se otorga a los ponentes individuales diez minutos.

-Ya no tengo más que añadir -aclaró el ferretero muy orgulloso de su triunfo y se alejó del podio a recibir las felicitaciones de sus partidarios. Aún no había llegado a la esquina de los comerciantes. Cuando ya el cerrajero estaba en el podio. Sostenía en alto un candado y gritó: -Compré este candado hace dos horas al señor Kramer, quien acaba de exponer lo mal que les va a los trabajadores por comprar en la Cooperativa, por 25 centavos. Es un producto de nuestra fábrica y se consigna a ocho centavos. El señor Kramer le hace un recargo del 300 por ciento Ya no tengo más que decir.

Una carcajada general retumbó en la sala e hizo decaer la furia de la esquina de los comerciantes. Tomás se puso nuevamente de pie, levantó el brazo y muy pronto se calmó el ruido.

-Uno para todos y todos para uno -dijo emitiendo cada palabra con calma y claridad, mientras fue dejando caer su brazo-. El discurso del señor ferretero Kramer, su porte y personalidad nos han instruido sobre lo que es que todos trabajen para uno.

-Trescientos por ciento -gritó de nueva cuenta el cerrajero.

-No es menos justo que le dejemos también la palabra a alguien que sostiene el principio de: “Uno para todos”. Y ya que ambos partidos han tenido la oportunidad de hablar, me permitiré cerrar la discusión. Le concedo la palabra al señor Langhammer como último orador.

El hombre lobo ascendió al estrado.

-¡Y ahora qué! -rezongó el zapatero pelirrojo y se acomodó los lentes-. Langhammer es de los intransigentes y va a hablar en contra de la Cooperativa de consumo. Uno de los nuestros tiene que...

-¡Buey! -lo interrumpió otra vez el cerrajero-. Ya verás, dentro de cinco minutos Langhammer es miembro de la Cooperativa.

El de las rojas mejillas apoyó ambos brazos sobre el atril, se inclinó hacia adelante y gritó en dirección de toda la sala:

-Obreros, lo que les hace falta es reunirse en contra del capitalismo, todo lo demás no les servirá de nada. El rey Midas gobierna al mundo. El sistema de explotación vive de nuestro sudor y del sangriento trabajo de vuestras manos.

-Al grano -se oyó desde la esquina de los comerciantes.

-Obreros, el proletariado del mundo no debe seguir permitiendo esto, tiene que presentar un frente en contra de los vampiros del capitalismo.

Al oír la palabra vampiro, cruzó una sombra frente al rostro de Mundete.

-Pero en ustedes yace el cadáver de la obediencia, aprendido en los cuarteles y metido hasta los huesos. El militarismo...

-Al grano -gritaron de nuevo. Esta vez era la voz del ferretero y -al grano -secundaron los tres hombres que estaban en el centro de la sala y golpeaban sus pies contra el suelo.

-Además, ya todos lo oyeron. Trescientos por ciento...

-¡Mentira! ¡Qué descaró! Bajen al tipo ése -se hicieron oír de nuevo los tres del centro. Se reinició el tumulto. Los tres se habían parado y, siguiendo su ejemplo, se fueron poniendo de pie aquí y allá gente ya inquieta.

Tomás echó mano de la campanilla y tocó a rebato. Paulatinamente volvió la calma.

-Se muestra claramente que aquí, en la sala, los representantes del principio: "Todos tiene que trabajar para uno", no quieren dejar hablar a nadie que se exprese a favor del bienestar general, como lo hacía el señor que fue interrumpido de una manera tan brusca. Agradezco al señor Langhammer en nombre de la Cooperativa que haya hablado tan valientemente por nosotros...

-Eso no fue lo que hizo -intervino el zapatero.

El cerrajero sólo se alzó de hombros como respuesta.

-Y espero que él no será capaz de rehusar su ayuda al cuerpo administrativo de nuestra Cooperativa, como miembro del Consejo Consultivo.

El de la corbata roja estaba tan perplejo que hizo una reverencia, descendió del estrado e intentó llegar a su lugar. A la mitad del camino lo detuvo el cerrajero y procuró persuadirlo de manera solícita.

-No tiene sentido -comenzó Tomás- proseguir la discusión, pues la actitud de los señores de la esquina y los del centro de la sala no promete llegar a un acuerdo. Procederé a verificar la lista de los miembros y pido, por consiguiente, a todos aquellos que no quieran afiliarse a la Cooperativa que abandonen la sala.

Nadie se movió de su lugar. Todos suponían que habría otra bronca.

Un momento después, Tomás repitió con dureza: Suplico a todos los que no deseen ser miembros de la Cooperativa que abandonen la sala.

Uno de los tres hombres del centro de la sala se levantó titubeante y se abrió paso por entre las filas. El segundo lo siguió y, finalmente, también el tercero quien, antes de salir, gritó: -¡Andale, Guillermo, ya no tiene sentido, la cosa no puede alargarse más -algunas personas siguieron su ejemplo, y todos los demás aceptaron quedar acreditados como miembros, como el zapatero, que asintió con la cabeza. Le llegó el turno a la esquina de los comerciantes. Una sola figura se desprendió de la apretada multitud y se fue hacia la salida.

-Voy a repartir algunas listas -Tomás hizo uso de la palabra de nuevo- y allí pueden inscribirse aquellos que quieran afiliarse -sacó una pluma y, con una hoja de papel en la mano, se dirigió hacia el tipo de la corbata roja-. Por favor, señor Langhammer, su nombre tiene que ir al principio -el hombre miró a Tomás atónito y puso su firma en el papel. Tomás continuó pasando la lista y luego subió al estrado-. Quiero hacer notar -dijo- que para los señores comerciantes ya no tiene objeto que se registren en la lista. La Cooperativa tiene el derecho, según los estatutos, de excluir de sus filas a los reconocidos opositores a sus tendencias y hará uso de ese derecho contra ustedes. Desearía suplicarles una vez más que abandonen la sala.

-Pero podemos acabarnos nuestra cervecita -vociferó enojado uno de los comerciantes.

Tomás se incorporó en toda su estatura. -¡Los señores desean acabarse su cervecita! -gritó-, nadie puede tomarse eso a mal, pero nosotros haremos como si los opositores ya se hubieran ido y proseguiremos con nuestro trabajo. Tenemos que elegir al Consejo, y la administración les pide que nombren a tres de sus compañeros. La administración no tiene derecho a presentar candidatos, pero es de la opinión de que un miembro tan lleno de méritos como el señor Langhammer no debe ser omitido de ese grupo.

Apenas había concluido Tomás la frase, cuando el grupo de los comerciantes se puso en marcha. Uno detrás de otro, pues nadie les dejaba espacio, fueron atravesando la sala.

Tomás los siguió con la mirada, luego abandonó el estrado y se sentó cansado en una silla.

Una hora más tarde se encontraba junto con algunos de los participantes del mitin y con el estudiante en un pequeño restaurante, festejando la exitosa noche. Se hablaba sobre el movimiento, el futuro y las tareas de la Cooperativa. Salieron a relucir vivencias personales y experiencias, y de allí luego resultó que Tomás

era, desde hacía mucho tiempo, partidario del pensamiento cooperativista e incluso que había fundado en Bächlingen una cooperativa de consumo. En sus correrías por Berlín, había entrado en una que otra tienda de la Cooperativa y se había relacionado con las personas y, así, había conocido a este y aquel líder del movimiento. De esta forma se había reencontrado al cerrajero, que pronto se dio cuenta, inteligente como era, de lo útil que podría ser Mundete, si uno no se fijaba en sus locuras.

Poco a poco la plática se fue desviando hacia los problemas sociales. Hasta ese momento Tomás no había participado en la conversación, sólo había brindado al entrecuchar los vasos. De repente, se lanzó, indiferente a lo que los otros decían y opinaban, a causa de una única palabra, que había sido mencionada por casualidad, que más bien tuvo que ser mencionada en el contexto de la plática, la palabra “mayoría”.

-Mayoría, y, pues, por qué continúan peleándose por la solución de los problemas sociales, si ya tienen la palabra -les gritó-. Ésa es la solución. Contemplan nada más la palabra: Mayoría -puso los dedos sobre el plato como si la palabra estuviera allí escrita y vio a uno y otro, obligándolos a fijarse.

El zapatero pelirrojo, que estaba a su lado, se acomodó los lentes y se rió; el cerrajero movió la cabeza y le cuchicheó al estudiante: -Ahora empiezan las locuras. -Otro que no conocía a Tomás, el obrero metalúrgico de las manos negras, preguntó: ¿Cómo, qué quiere decir con eso?

-Los problemas sociales -Tomás miró al metalúrgico con cuidado- se refieren a la preocupación por la mayoría. Pero querer preocuparse por todos es una majadería.

-Bueno, escuchen -exclamó el cuarto de los trabajadores, un impresor de unos cuarenta años, pero que tenía cara de adolescente de diecisiete.

-Por favor, no he terminado aún -lo cortó con energía-. Las interrupciones sólo estorban el curso de la exposición. Todos podrán hablar. Pero, por lo pronto, es mi turno. Así que: el bienestar de la mayoría, decía yo, no es otra cosa que la composición de los términos “más”, “yo” y “bienestar”; dicho con otras palabras: todos deben actuar para mi bienestar, y ése es también el objetivo de los que aspiran a hacer feliz a la mayoría. Buscan su propia felicidad y encubren ese impulso muy natural con un hermoso ropaje, que como toda la ropa acentúa lo que oculta: piensen en los escotes de las señoras y los pantalones apretados de los caballeros. ¿No es una majadería? Mayoría es lo mismo que: “más para mí”. Se hace valer el punto de vista de los niños. Quiere todo para sí. De ahí procede el celo contra Midas, que no es más que un seudónimo para Mamá. No debe olvidarse jamás que el hombre, no importa la edad que tenga, sigue siendo un bebe chupador. La furia contra los vampiros no es otra cosa que una forma de acallar la voz de la conciencia, pues todos tienen claro que le chupan la sangre a la mamá, que tiene una poca. Los hombres son chinches, y así es natural que las ideas rojas aumenten en las grandes ciudades, pues hay chinches por todos lados. Socialistas rojos, socialdemócratas somos todos, pobres o ricos, es igual.

-¡Social, So, ci, al! Es el requerimiento del hombre a su vecino para que le jale la carreta. “Despelleja la anguila”. Lo que también tiene un doble sentido, pues la anguila se parece a la víbora. Quizá esto se explique por el creciente entusiasmo de la mujer en las actividades sociales. Las palabras tienen un maravilloso potencial de contagio, un veneno en sí, que por debajo de la conciencia suscitan una pandemia de entusiasmo con el resultado de totales trastornos mundiales.

El metalúrgico sostenía su vaso de cerveza entre las manos arrugadas y negras. Con las cejas fruncidas y la mirada fija miraba la boca de Tomás, como si al ver intensamente el torrente de palabras su entendimiento pudiera acercarse a eso; no así el impresor, quien, después de largos años de ocuparse de las imbecilidades de los periódicos, había perdido el respeto a toda cultura que no fuera la de él. Por eso le dirigió al cerrajero, que estaba jugando a las cartas, esta pregunta: -¿Este está loco o yo lo estoy?

-Tú -respondió el zapatero, y el cerrajero, que estaba a punto de ganar la ronda, intervino-: ¡Imbécil! -El impresor quiso estallar, pero, al ver los violentos puños del cerrajero, prefirió aplicar la expresión “imbécil” a Tomás, sonrió satisfecho e intentó seguir escuchando.

Tomás meditó sobre los efectos del sonido de las palabras y, ya que vio las manos del obrero entrelazando el vaso de cerveza, estaba a punto de derivar de la palabra “metalúrgico”, a través de algunos rodeos como Metal, Carlos Martel, martillo, clavo, batalla de Poitiers, cristianos, cruz y cruzadas, toda la cultura moderna, cuando de repente despertó al estudiante de sus cavilaciones.



Durante una hora fue creciendo en Seebach un rencor lleno de envidia contra Tomás, que le inspiró el diabólico plan de procurarle una paliza a ese loco inmerecidamente exitoso. Intentó, pues, azuzarlo para que volviera al tema de los problemas sociales, pues prometía mucho el ánimo exaltado del metalúrgico.

-So, jala vieja -gritó el estudiante y miró a Tomás con aire inocente.

El loco lo observó pensativo un instante y luego replicó: -Sí, hay una buena cantidad de problemas de la mujer en ello y, de paso, toda la historia universal. ¡So, jala la anguila! Parece gritar el instinto vital femenino; pero el hombre, cuya potencia, según Bocaccio, aún sextuplicada no alcanza para satisfacer a una mujer, responde: ¡So, jala conmigo vieja! Y pronto dirá: jala tú sola la carreta, pero yo me siento encima, de modo que me tengas siempre a mano. Ahora se introducen las mujeres en los oficios masculinos, eso está bien, y el hombre no debería defenderse tanto, más bien cargarlas, con todo aquello que puedan cargar. “El trabajo para las mujeres” sería nuestro lema. Y nosotros, satisfaciendo nuestra noble sangre de germanos, nos dedicaríamos a holgazanear y nos beberíamos otra. ¡Salud! -Chocó su vaso contra el del metalúrgico-. Por que vivamos en la época en que la mujer esté junto a la máquina, mientras nosotros gobernamos el Estado socialista.

Lentamente, el hombre retiró sus manos del vaso de cerveza, las examinó, sonrió y opinó: -Eso me gustaría, que mi vieja tuviera estas manos. Todos los días me regaña por ellas y me da una porción extra de jabón. Pero la grasa penetra profundamente, no hay nada que hacer. Según ella, es común tener tales dedos.

-Común, majadero, mayoría. Ahí tenemos toda la historia en tres palabras. Con el socialismo se inicia la cuestión y el comunismo es el final. Todo le pertenece a todos. Queremos embriagarnos con aguardiente, queremos cambiar a nuestras mujeres, queremos ser individuos libres. Este desarrollo tiene su origen en el afán de las mujeres por volverse bien de la mayoría. La doble moral, contra eso pelea la mujer, pero en el fondo ella no desea la moral femenina para los hombres, sino la moral masculina para las mujeres. Amor libre, por eso vocifera.

El cerrajero aventó, de pronto, las cartas de la baraja, golpeó el puño contra la mesa y dijo: -¡El diablo se los lleve a todos juntos! -para luego acabarse su cerveza a grandes tragos.

-No puedo censurarles a las mujeres -se metió el impresor en la plática- que quieran emanciparse, cualquiera desea ser independiente, por lo menos; y si todos no ambicionáramos llegar alto, qué mal le iría al progreso de la humanidad.

“Así que esa es la razón por la que el tipo se ve tan joven -pensó Tomás-, no se logra zafar de la madre”.

-¿Independientes? -El estudiante le lanzó a Tomás una mirada de reojo y repitió: Independientes, sí, eso les agradaría. Pero las uvas son amargas. No se es independiente de modo tan fácil, cuando no hay más que abismo. También creo -se rió suciamente- que a ellas les importa más que el hombre se sostenga, y si nosotros fuéramos siempre independientes, si nunca dejáramos colgar la cabeza en actitud perruna, entonces habría júbilo en los pórticos de Troya.

Tomás se puso inquieto. -No, no -dijo-, la cosa no es así, no tan fácil y al mismo tiempo mucho más fácil. ¡Mire! -y se agarró por delante en los pantalones, sin acordarse de todo aquello que su madre y su hermana le habían enseñado de buenos modales, como si allí, en ese lugar, estuviera la solución al problema, al alcance de la mano. Luego apoyó contento ambos codos sobre la mesa-. Mire, la nostalgia de emancipación e independencia no se reduce, de ningún modo, a las mujeres, como tampoco el arribismo, del que usted ni siquiera habló, pero que fue explícitamente acentuado en el programa de discurso de nuestro amigo -e hizo una reverencia al impresor-. Nosotros los hombres no sentimos menos alegría con estas cuestiones que nuestras mujeres, si nos damos cuenta de que es emancipada, independiente, nos alegramos, y no nos avergonzamos menos por no lograr el ascenso. La única diferencia estriba en que la mujer no puede solventar su carencia por sí misma, mientras que el hombre, aunque sea sólo por unas horas, lleva el cetro de rey. El deleite que la mujer siente, la mueve a querer primero que el hombre sea independiente, pues él es su instrumento; y ya que él flota sobre ella, entonces ella tiene que afanarse por ir hacia arriba. Quizá allí se encuentre la explicación de que la mujer sea superficial, en comparación con el hombre: ella no tiene el mismo interés que él de abrirse paso en las profundidades. Entre las mujeres la cosa es así que, a veces, se esfuerzan por ascender un poco y, otras, con gran fervor, se esfuerzan con todo su ser; mientras que el hombre se mueve concéntricamente, su impulso de ascenso depende del deseo de ser sublime y, por eso,

cultiva en sí este pensamiento: “Sé duro, Landgrave”. La mujer carece del distintivo de la soberanía, y, en el momento en que lo capta, despierta en ella una rabiosa avidez por la posesión; ella intenta arrebatarse el cetro al hombre, pero se arrepiente en el intento y se avergüenza por el pecado. Mi estimado señor interlocutor -se inclinó de nuevo hacia el impresor, quien sintiéndose halagado se arrellanó en su asiento con la cabeza un poco inclinada y se puso a jugar con un lápiz- tiene toda la razón, pues qué sería de la humanidad sin el afán de ascenso de las mujeres. Se habría extinguido desde hace mucho. Del odio nace el amor, del amor nace el odio, y cuando se habla de la lucha amorosa, esto tiene su significado. Es un torneo, que frecuentemente transcurre de manera bastante sangrienta. Y tengan ustedes en cuenta lo que encontramos en la Biblia, aquello de la enemistad entre la mujer y la serpiente, y entre la simiente de la mujer y la de la serpiente. Pisotearle la cabeza a la serpiente, eso es lo que la mujer quiere, doblegarnos la cabeza, hacernos cabizbajos, dependientes; y por ese pecado ella es castigada, pues la serpiente le pica el talón.

-¡Ahí viene la cigüeña! -vociferó el estudiante, haciéndole un guiño al cerrajero.

-El diablo se las lleve a todas -respondió aquel. Se levantó y salió por un rato del local.

El zapatero barajaba con indiferencia las cartas. -Voy a acabar con la mía y también con otras mujeres.

-Sí, el que tiene correa y sabe manejarla -se burló el impresor-, ése puede ser indiferente.

-Lo que yo haga no le importa a nadie -respondió el zapatero y barajó con tanta fuerza que algunas cartas se le cayeron al suelo.

Tomás giró la cabeza lentamente hacia el zapatero, quien se había levantado de su silla para agacharse a recoger las cartas y tenía el trasero en el aire. -Contagio interior -dijo-, no se puede hablar de golpes sin que las almas respondan con alguna acción. Desde hace mucho estudio estos fenómenos, pero no he encontrado su más honda causa -guardó silencio durante unos instantes y luego le quitó su instrumento al impresor, pues este tamborileaba con el lápiz en la mesa, para recomenzar-. Todas las madres, cuando quieren calmar al niño que traen en brazos, le dan golpecitos por atrás. Un niño siempre la da una palmada a otro que pasa corriendo. El látigo, el palo, qué maravilloso papel desempeñan en la vida de la humanidad. Y la lealtad y la fe se basan en el apretón de manos. Se dice que el tejido nervioso del trasero y de las partes vergonzosas se encuentra entrelazado por dentro, pero los anatomistas y los fisiólogos no han gastado muchos esfuerzos para estudiar estas relaciones. Lo primero que se enseña a los niños es a aplaudir, así pues el oído debe tener una importante participación en el instinto. Ponerse rojo y acalorarse son signos de fuertes afectos amorosos. Y es muy curioso que, en todos los idiomas, la palabra “palo” se usa para el órgano masculino. Eso significa que la mujer añora de vez en cuando una paliza, como mi padre solía llamarlo; y si he observado bien, cada mancha en el mantel, cada contradicción, cada golpe de puertas, cada capricho es una invitación al baile de las varas y, a continuación, al amor. Y hay gente que camina con las manos en la espalda.

Estalló una risa general, pues en ese momento regresaba el cerrajero sumido en profundos pensamientos; traía las manos cruzadas con las palmas en la espalda. Se rió también de buena gana, aunque no tenía la menor idea sobre qué estaban hablando.

-¿Todavía están ustedes en el asunto ése de las mujeres y el progreso de la humanidad? -preguntó y se sentó a barajar para repartir las cartas.

-Divagábamos -replicó Tomás-. Pero qué bueno que nos recuerde el tema. De hecho, yo soy de la opinión de que esta nostalgia de ser emancipado, independiente, significa más para la infancia que todos los abecedarios y biblias, que todas las morales y demás charlatanerías de la educación. Cuando el niño comienza a caminar, el padre se le impone como si fuera un gigante y, precisamente, lo que estimula su atención son las piernas y lo que cuelga de aquí para allá -Tomás se puso violento, como si la misma palabra “estimular” lo emocionara-. Sí, sí, estimado señor Seebach, estudioso de las ciencias naturales, la cosa es así. Si pasa usted por delante de una casa, no intenta curiosear en el piso más alto, sino en los cuartos de la planta baja. Eso sucede así, y con los niños la cosa es igual. También está muy sabiamente establecido por la naturaleza, pues obliga a los hombres, desde el principio de su envidia y de sus esfuerzos, a dirigir todos sus afectos a la región que es del todo indispensable para la perduración de la humanidad. Para el niño, el padre es la divinidad, el ideal al que aspira llegar; pues la madre es para él primero biberón y esponja, de ningún modo divina, ante todo su propiedad. Además ella es más chiquita que el padre, no vocifera, camina con pequeños pasos y no tiene las piernas largas. Así es que el niño quiere hacerse hombre, porque el hombre es

grande. Y por eso crece y se vuelve fuerte espiritual y corporalmente. Y además porque ve que el hombre se distingue de la mujer, ya que tiene algo colgando entre las piernas...

El estudiante lo interrumpió aquí. -¿De dónde puede el niño haber visto tal cosa? Yo jamás vi a mi padre desnudo.

-¡Qué chingados! -gritó Tomás, golpeó con los puños contra la mesa y se dirigió, con la cabeza por delante, contra Seebach de modo tan violento que parecía querer derribar las paredes-. ¡Acuérdese con exactitud de lo que experimentó cuando tenía dos años! ¿Todavía recuerda cómo aprendió a caminar y a hablar y a comer? De verdad, usted es digno de ser invitado como profesor de ciencias naturales en alguna escuela secundaria -se quedó en silencio y de mal humor apuró su vaso de cerveza de un trago.

Fue como si un peso se hubiera depositado sobre todos. Ya nadie habló, y todos miraban hacia adelante mudos y enojados. De repente comenzó a hablar el metalúrgico, que hasta entonces había manifestado su participación en la plática sólo oyendo.

-El señor Mundete tiene toda la razón. Cuando uno va al baño, no puede echar siempre pa'fuera a los niños y, además, uno no tiene ganas de echarlos, y mi muchacho se ha esforzado como obrero rudo para poder alcanzar la taza y se lo contó a todo el mundo, pero la niña aulló, pues se le salió todo, cuando quiso imitar al hermano. Y eso nos tiene que llamar la atención a todos, pues de los primeros años de vida no recordamos más, absolutamente nada más -durante todo el tiempo había mirado fijamente a Tomás y, ya que vio que su rostro se ponía contento y despejado, asintió serio con la cabeza y puso de nuevo sus manos alrededor de su vaso.

-Y a todos nos llamó la atención -afirmó Tomás- pues si no, ¿qué significa la seriedad que invadió repentinamente a todos los camaradas de la mesa? Se denunciaban las heridas que se infligieron a la vida en estos primeros años y que seguro fueron las más duras que jamás recibimos. Suficiente, el niño quiere ser como el padre, tener una cosa grande y por eso crece y por eso se alarga más que la niña, quien pronto abandona con tristeza la competencia, se dedica a la anchura y construye doble en el pecho lo que le falta por abajo. Pues en el pecho la mujer es hombre, es su órgano masculino el que se introduce en el orificio de la boca del bebé y derrama el líquido. Los caminos del Señor son maravillosos. Alabado sea el nombre del Señor.

El impresor ya estaba molesto de que otro tiranizara la conversación y de que Tomás le hubiera echado a perder su diversión de tocar el tambor con el lápiz, así consideró que ya era hora de hacerse valer. -Sus paradojas, señor Mundete -dijo-, me han resultado muy interesantes y, aunque se puede decir mucho en contra y encierran algunos equívocos, sin embargo puede uno darse cuenta de que han sido examinadas a fondo y de que son expuestas por un hombre muy docto. Por eso, es aún más inconcebible para mí que me salga usted de repente con esa sabiduría de fraile. Durante largo tiempo, se ha traído al pueblo por las narices con esos cuentos de criadas sobre las profundas intenciones del Dios de los cristianos. Pero el pueblo ya no cree en eso. La antorcha del entendimiento brilla tan clara que la superstición no encuentra ningún rincón, desde donde pueda aturdir impunemente con su veneno a las gentes. Los progresos de la época moderna demuestran que en el mundo ya no hay lugar ni para Dios, ni para sus proezas. Desde que sabemos que nada se destruye, desde que conocemos la lucha por la existencia, hemos aprendido a salir adelante sin Dios y sin religión. Pues el que posee ciencia y arte, ése tiene religión, dice el poeta y quiere dar a entender que el hombre instruido ya no necesita de la religión. Donde penetra la ciencia, los dioses huyen. Esa es una ley universal.

Tomás asintió con seriedad y aprobatoriamente. -Si el todo ha de ser mío, primero tengo que destituir a Dios, eso es lógico. Y el que los dioses huyan, cuando llega la ciencia con su lámpara de aceite, no se lo puedo tomar a mal. Por cierto, ya es tarde y estoy cansado. En caso de que en realidad le interese el problema de las relaciones entre la ciencia y la divinidad, puede usted encontrar la solución en *Pedro, el mugroso*. ¡Buenas noches, señores! -Se levantó y se fue de allí derecho. Al gritarle el estudiante, sí, sí, cuando la ciencia llega, huyen los dioses, Tomás se dio la vuelta ya en la puerta y dijo cortante:- Y si tomase las alas del alba y volase hasta mares lejanos, allí mismo su mano me sostendrá y su diestra me guiará.

Tomás no se había alejado más de veinte pasos, cuando el zapatero lo alcanzó. -Desde hace mucho quiero preguntarle algo -comenzó-, ¿por qué usted, con sus ideas liberales, siempre habla con obstinación sobre



Dios? No sería agradable y tampoco le quedaría a usted nada bien, si se quisiera burlar de nosotros, que somos gente sencilla.

Tomás se detuvo. -Yo me imagino ser una persona sencilla y, exactamente por eso, no todo me resulta tan claro como a otras gentes. Yo no sé, por ejemplo, por qué el buen Dios puso la nariz en la cara y no en la punta de los dedos. No tengo la intención de burlarme de usted. La burla no me conviene, generalmente creo lo que digo. Pero ya es tardísimo. Tal vez quiera venir a visitarme, o yo le notifico dónde pueda encontrarme; después de las ocho usted ya está libre y entonces podremos seguir platicando sobre esto.

Le dio la mano al zapatero, quien a su vez se la estrechó y dijo: -¿Qué quiso decir con eso de *Pedro, el mugroso*?

-En uno de los episodios -contestó Tomás-, llega corriendo un muchacho con la bandera de la ciencia; un segundo trae una pelota, el globo terráqueo; el tercero, un aro, que es la matemática, y un cuarto muestra triunfante una rosquita, el grillete de los pobres moros, que es la fantasía. Usted ya sabe, el color produce lo fantástico y lo supersticioso; el sol, la clara luz produce oscuridad. Y, luego, llega San Nicolás, ése que se caracteriza por su larga y blanca barba como símbolo del buen Dios, y mete a los chicos científicos allí a donde pertenecen, al tintero. ¡Buenas noches, pues!

Había ya desaparecido, antes de que el zapatero hubiera comprendido lo que Tomás quería decir.

La historia no cuenta si ambos se volvieron a ver.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*